

Se inclina ante el atroz remordimiento,
Ora de él huye, que le sigue en pos.

Al rumor que le acusa, con la muerte
Sale al encuentro, y de la sangre vive,
Y en medio de los crímenes percibe
Que es imposible detenerse ya;
Y por la suerte mísera empujado
Matar pretende al pensamiento mismo,
Y de crimen en crimen, al abismo
Rodando á su pesar, rápido va.

Es el primer delito como el lurtre
Que el huracán de los nevados lanza :
¡Rueda! y en cada giro crece, avanza,
En mole, y movimiento y solidez.
¡Rueda! — de cumbre en cumbre despeñado,
Las selvas sordo, con estruendo, arrasa,
Hasta que al fin le rompe y despedaza
Con estrago, su propia rapidez.

Busca alivio Fernando, ¿pero dónde?
Del cielo aparta los enjutos ojos :
En el jardín de amor sólo hay abrojos ;
En la tierra hay esclavos, soledad.
Pero nada le abate ; solo y fiero,
Amor y tierra y cielo desafía :
En su pasión, en su valor confía,
Y desprecia á la abyecta humanidad.

Tan sólo con un fin humillaría
La frente altiva, el alma de diamante ;

Y vaga eterno el pensamiento errante
De aquel objeto idolatrado en pos.
Es amor su fantástico delirio :
Ama, aborrece, y amenaza, y ruega,
Y, desoído, de su ser reniega,
De gloria, y cielo, y religión, y Dios.

Siete veces el sol trajo el estío,
Y siete veces le encontró penando,
Porque el dolor se sienta con Fernando,
Y vive con Fernando el padecer.
La octava vez . . . ¡Silencio ! que ha sonado
Bélica trompa cuya voz retumba . . .
Busca ¡oh guerrero ! ¡una gloriosa tumba!
¡Llama el clarín ! . . . ¡Silencio á la mujer !

CUADRO SEGUNDO

LA NUEVA PATRIA

Voy, por el campo que agostó el olvido,
Recogiendo, con mano reverente,
Las hojas secas del laurel perdido.
Diré tus hechos, infeliz, valiente
Gonzalo, amante, amado, perseguido ;
Pero los busco entre el voraz torrente
De los siglos, que ruedan, se confunden,
Y en la infinita eternidad se hunden.

Así, cuando por prados de esmeralda
El ardiente volcán su lava arroja,
Mírase al ciervo por la ardidada falda,
Lentamente paseando su congoja,
Escarbar y buscar la seca y jalda
Hierba, y la rota solitaria hoja,
Tristes reliquias del nativo prado
En negra lava y en ceniza ahogado.

Como vasta pirámide, arrojada
De Norte á Sur en medio al Océano,
La cúspide, en el choque, despuntada,
Derruidos los lados por la mano
Del tiempo, por la obra perennal cansada,
Mírase al continente colombiano;
Y, cual del cuerpo astillas desprendidas,
Se ven sus islas, por el mar, tendidas.

Andes, en forma de melena densa,
Sus altas sierras sobre el Norte extiende;
Luego reduce su expansión inmensa,
Y en larga línea para el Sur descende;
Deja al Oriente la llanura extensa
Que hasta el remoto Atlántico se tiende,
Y, la frente imperial en fuego ardiendo,
Ve los dos mares á sus pies rugiendo.

Esa es la cordillera á cuya cumbre
No alcanza del condor el raudo vuelo;
La fábrica de enorme pesadumbre
Donde, entre algas y témpanos de hielo,
Nace la pura y limpia muchedumbre
De aguas que riegan nuestro fértil suelo,

Brotando, entre el misterio, tras la niebla
Vertiginosa que el abismo puebla.

Al Norte, al Sur, y en curvas, al Oriente,
De las gélidas fuentes desprendidos,
Arroyos mil, con pródiga corriente,
Enriquecen la tierra : entretejidos,
Cual vasta red, por todo el continente
Discurren : luego, en masas recogidos,
Van á pedir al piélago profundo
Para su tierra paz, comercio al mundo.

Y arrastran al Atlántico sonoro
Sus ondas, y al Pacífico süave,
Corriendo por las selvas sobre el oro
Que brilla terso entre la arena grave.
Y son prendas de unión; mas su tesoro
No está en el oro vil : está en la nave
Que surcando sus útiles raudales
Dé industria y libertad á los mortales.

De Granada, la Nueva, el Virreinato
Departa el Marañón de sus vecinos;
Interno y noble mar, donde el aflato
No alcanza de los recios torbellinos,
Y de futura unión vínculo grato
Entre los industriosos granadinos,
Aorta de este mundo colombiano,
Y ríos de los ríos soberano.

Y de Granada en la región do gira,
Sin jamás apartarse, el sol amante,

Y con süave hálito respira,
 Arrullada entre palmas, la aura errante,
 Y el tagüijó monótono suspira,
 Del marjal melancólico habitante;
 Entre el Ande y el mar, que la mejilla
 Recuesta en paz á la escarpada orilla,

Hay un valle feliz : su tierra ondula
 En continuas y plácidas colinas
 Que la brisa al pasar besa y adula :
 Por ese valle en ondas cristalinas
 El agua precipitase y circula
 Serpeando entre flores purpurinas;
 Y al fin de aquel Edén verde y riente
 La ilustre Popayán alza la frente.

De sus colinas altas amparada,
 Como la tigre que asechanza teme
 Y espera el can al árbol recostada,
 Detrás del corvo cerro de la Eme
 Se la mira de lejos engastada :
 Desde el Cauca, á la luz del sol que treme
 Sobre la alba ciudad, en grupos varios
 Sé ven surgir sus pardos campanarios

Al Oriente Belén, donde el devoto
 Pueblo va á celebrar el nacimiento
 De Jesús, su Señor, y cumple el voto
 Año por año, en santo arrobamiento;
 En la blanca capilla mudo, inmoto,
 Contempla aquel buen pueblo el gran portento,

Y en silencio solemne recogido,
 Adora al Salvador recién nacido

Alumbra la capilla el sol naciente
 Dando en el monte verde y escarpado,
 Do un camino en figura de serpiente
 Gira, y le va subiendo por un lado;
 Y á este camino agólpase la gente,
 Y de vivos colores matizado,
 Como una sierpe enorme se estremece
 Y en gayas ondas sus anillos mece.

Y más allá, como inmortal gigante,
 Alza la frente el Puracé sublime;
 Á veces terso, cándido, brillante,
 Sus anchas basas en silencio oprime;
 Otras, envuelto en nubes, retumbante,
 Arroja el fuego que en sus antros gime,
 Y en sus esfuerzos, ó estremece el suelo,
 Ó incendia en llamas la extensión del cielo.

Al Sur se encrespa en rocas y montañas,
 Y ora se encumbra el desigual terreno,
 Ora se mecen las silvestres cañas
 De contrapuestos riscos en el seno;
 Y nacen del calor plantas extrañas,
 Que guardan de la víbora el veneno,
 Cabe el torrente bramador y estrecho
 Que ha cavado por siglos su hondo lecho.

En los montes, que ya süavemente
 Hasta besar la linfa, enamorados

Descienden, ó ya suben de repente
 En riscos pintorescos, escarpados,
 Sus frutos cada zona diferente
 Ve con los de otra zona entrelazados;
 Todos iguales, todos juntos crecen
 Y á un tiempo se maduran y florecen.

Tal es la tierra. El cielo encapotado
 Pierde por tiempos el azul sereno :
 Entonces, de relámpagos preñado,
 Recorre el horizonte el ronco trueno;
 Por el ímpetu eléctrico turbado,
 Brota el aire huracanes de su seno;
 Cae la lluvia, crujen las montañas,
 Se eclipsa el sol, se inundan las campañas;

Mas la negra tormenta que oscurece
 Y asorda en torno al mundo y le conturba,
 Y del cielo la bóveda estremece
 Lanzando rayos por su inmensa curva,
 Á la vuelta del sol desaparece,
 Pasa de nubes la apiñada turba,
 Y ante la luz pacífica y tranquila,
 Ni se mece la flor, ni el aire oscila. . . .

Aquí la vasta cordillera empina
 En fantásticos riscos su cadena;
 Allí en vaivén, elástica se inclina
 Sobre el tallo gentil de la azucena,
 La flor, ante la brisa matutina;
 Acá el arroyo por la selva suena;

Y vese el llano y su pintada alfombra
 Que interceptan los montes con su sombra :

Y la fruta silvestre, donde toma
 Su grato olor la brisa pasajera
 Para mezclar al de la flor su aroma;
 Y el canto de la tórtola agorera,
 Cuando la noche en el Oriente asoma;
 Y el variado matiz de la pradera,
 Que gusto, olfato, oído, vista halagan,
 Y, deleitando el cuerpo, el alma embriagan;

Y el Cauca, que entre enormes pedrejones
 Sus ondas bramadoras alborota,
 Ó preso por altísimos peñones,
 En vano el dique de granito azota;
 Y del ronco volcán las convulsiones,
 Y el muelle junco que en el lago brota,
 La calva roca, la aromosa planta,
 Todo, en contraste seductor, encanta.

No es éste el clima delicioso, blando,
 Que al ocio sólo y al placer convida;
 Ni su habitante gozará, pasando
 En pereza monótona la vida.
 Para quien nace en su redor mirando
 La gigante natura estremecida
 En contraste magnífico y eterno,
 La quietud, la inacción, es el infierno.

En la vasta extensión que el Cauca baña,
 Desde que asoma la modesta frente

Entre el musgo glacial de su montaña,
Hasta que, unido con su hermano, siente
Del bramador Atlántico la saña
Oponerse al poder de su corriente,
Sí, cuanto riega su raudal bendito
Es alto y gigantesco : ¡hasta el delito!

Así como él, extraño en su carrera,
Crece y retumba amenazando estrago,
Ó besa manso la feraz pradera
Mecido en hondo y cristalino lago,
Ó desciende, en magnífica chorrera,
Tendiendo el iris por el aire vago;
Ó sus olas espléndidas de plata,
Rueda de catarata en catarata;

Así su hijo entusiasta, en las regiones
Que él con sus ondas ácidas satura,
Creciendo entre las recias convulsiones
De la inquieta y terrífica natura;
En medio de contrastes y emociones,
Pasa la vida borrascosa, dura;
Y es héroe, santo, mártir, delincuente;
Todo, menos cobarde, ¡indiferente!

¡Yo te saludo, Popayán insigne!
¡Salve! ¡cuna de mártires y sabios!
Haz que el genio á mi canto se resigne;
Inspira un son armónico á mis labios.
¡Y que tu historia algún lugar asigne
Al infeliz cantor de tus agravios!

¡Que Dios tu nombre, en su piedad, enalbe!
¡Salve! Payán, tres veces, ¡salve! ¡salve!

¡Y salve! tú, mi patria granadina,
Querida al corazón, grata á la mente!
¡Si en exilio tu bardo peregrina,
No se ha secado del amor la fuente
En su pecho filial; y aunque él inclina
Al extranjero la humillada frente,
Aun no ha amellado tu injusticia inmensa
El fierro que blandiera en tu defensa!

¡Yo te amo, aunque tu mano me arrojara,
Madre! ¡como á reptil, de tu regazo!
Si más me persiguieras, más te amara
Y bien por mal volviérate mi brazo.
¡Ah! ¡quisiera tener voz alta y clara
Sólo para ensalzarte; y que ese lazo
Cuando yo pase, cual pasó tu gloria,
Nos uniese en la muerte y en la historia!

Y viera el mundo al hijo maldecido,
Honorando á la madre con su llanto,
Arrancarle su féretro al olvido
Con el viril esfuerzo de su canto;
Y al mirar sobre el tiempo remecido
Redentor de tu gloria, mi himno santo,
Á mi ferviente súplica propicia
Perdonara la historia tu injusticia.

No sé por qué, de mi existencia dueño,
Si velo, siempre asaltas mi memoria;

Si duermo, siempre con tu imagen sueño;
 Si pienso, siempre afligeme la historia
 De esos tus ambiciosos, cuyo empeño
 Es devorarte sin honor, sin gloria,
 Gusanos de un cadáver, que se gozan,
 Aunque mueran después, mientras destrozan.

CUADRO TERCERO

EL TRAIADOR

¡Y tú, mi Popayán! ¡noble y valiente
 Madre del patriotismo acrisolado!
 Ni de tus hijos la virtud ardiente
 Bastó á dorar tu tétrico pasado;
 Y triste es ver tu lúgubre presente,
 Triste es ver tu futuro revelado;
 Que para ti ¡oh Patria! todo es triste,
 ¡Lo que serás, lo que eres, lo que fuiste!

Fué un tiempo en qué, la invicta frente
 De bélico laurel, tu dura mano [orlada
 Arrojó el guante, apercibió la espada,
 Árbitro y fiel del mundo Colombiano;
 Y joven, pero sabia, respetada,
 Desde el valiente y último Araucano,
 Hasta el Muisca, tuvieron su fortuna
 Pendiente de los mimbres de tu cuna.

De desgracias sin término en la escuela
 Aprendiste lealtad, y tus legiones
 Contra Pizarro enviaste. Núñez Vela
 Halló con tus gallardos campeones
 Si no triunfo, honra y muerte. Centinela
 Tú fuiste del imperio y sus blasones;
 Y en la abyección universal, tú sola
 Quedaste libre, honrada y española.

Pero nada ganaste; pues se extiende
 De tu valor indómito la fama;
 Luego en un pecho vengativo enciende
 La soberbia ambición su ardiente llama,
 Y la importancia altísima comprende
 De la ciudad que invicta se proclama,
 Álvaro, de Pizarro compañero,
 En valor su rival, mejor guerrero.

Y aquel varón, con voluntad de hierro,
 De Carvajal las máximas pesando,
 Se viene á madurar en el destierro
 Su plan de imperio, su ambición de mando :
 Activo, emprendedor, desde su encierro
 Forma de amigos poderoso bando;
 Los arma, los instruye, los prepara,
 Y señor de estos reinos se declara.

Ya por cien veces alumbrado había
 El sol tus campos, Popayán, floridos,
 Y á cada vuelta con que trajo el día,
 Halló á tus hijos mustios, abatidos :
 De la discordia el frémito se oía
 Entre lágrimas tristes, y alaridos,

Que á cada nueva hora se aumentaba
El poder que don Álvaro usurpaba;

Don Álvaro de Huelva, belicoso
Hijo de España, y su enemigo crudo;
Don Álvaro, rebelde y orgulloso
Nieto de Oyón el comunero rudo;
Don Álvaro, enemigo del reposo,
En cuyo pecho empedernido, mudo,
Arde perenne de ambición la tea,
Y en la sangre y la muerte se recrea.

Su amor la guerra; el pabellón del cielo
Su mejor techo; el césped esmaltado
Su lujoso sillón; su lecho el suelo,
Y su festín el campo ensangrentado :
Su deleite las armas, el desvelo,
El peligro afanoso y angustiado :
Ávida sed de imperio y de renombre :
Su mundo él, y su juguete el hombre.

Es su estatura la de trunco roble
Que, entre altos olmos, sobre su ancho
Burla robusto, silencioso, inmoble, [asiento,
Del huracán el impetu violento :
Boca de león, y la imponente y noble
Voz del rey de las selvas en su acento :
De águila el ojo, la actitud serena;
Hispida barba, y recia la melena.

Piedad abriga el pecho adamantino
Cuando yace á sus plantas la fortuna :

Ira sólo, si el rígido destino
En su carrera obstáculos aduna,
De la ambición, cerrándole el camino :
Al ruido del cañón rodó su cuna,
De la muerte entre bárbaros despojos
Abrió á la luz los infantiles ojos.

Y no reprime su ánimo guerrero
Santo temor de Dios : nació cristiano;
Luego cayó del Turco prisionero,
Y acompañó en su rito al Mahometano;
Tornó después á España aventurero,
Y dió al desprecio el culto del pagano.
Es tráfico su fe : la conveniencia
Arregla su conducta y su conciencia.

Aunque albergaba la virtud su pecho,
Se apoderó el rencor de su alma fuerte :
Fué su dios la Venganza, y su derecho.
Cual fuente impura, que veneno vierte
De limpio arroyo en el fecundo lecho
Y trueca así la vida por la muerte,
El genio para César le destina,
El delito le torna en Catilina.

Sólo una alta virtud su seno abriga
Inextinguible, como el puro fuego
Que conservaba la Vestal amiga;
Y arde su llama en plácido sosiego,
Sin que del mundo injusto la enemiga,
Ni el furor de ambición violento y ciego,

Su luz apaguen. Á sus padres ama
Aun más que trono, y vida, y dicha, y fama;

Pero no se hallará la complaciente
Caricia, la sumisa reverencia
En el inculto ser : su afecto ardiente
Se parece á la rábida vehemencia
Con que la tigre por su prole siente.
Sus pasiones con ímpetu y violencia
Brotan, como las ondas que desata
En hirviente tropel la catarata.

Rebelde, y de rebeldes hijo y nieto,
Su casa es de rebeldes madriguera :
Que siempre la ambición hirvió en secreto
En esa raza noble y altanera ;
Y jamás á la ley tuvo respeto,
Que es, según él, la autoridad quimera,
Lantejuela de teatro, cuyo precio
Ignora el débil y deslumbra al necio.

Hijo del infortunio; de la suerte
Amo, no siervo, su postiza calma
No perturba el peligro, ni la muerte
Cierta pudiera estremecer su alma.
Tal es el hombre, denodado, fuerte,
Que corre en pos de inmarcesible palma,
Que entre el trono y la muerte no halla nada
Digno de su valor y de su espada.

Y cerca está de la ciudad doliente
Por sus huestes feroces escoltado.

De sus hechos la fama sorprendente,
El terror que sus armas han sembrado
En su marcha triunfal de gente en gente,
Y el haber á Pizarro aconsejado,
Le hacen temer más que una peste, y gime
El vasto imperio, que su nombre oprime.

La Plata por asalto sometida,
Y la provincia de dorada arena,
Do entre fértiles ribas contenida
Rueda su linfa el manso Magdalena;
La nación de Huanacas sustraída
Á la pesada Ibérica cadena;
Delgado y sus legiones debelados,
Villas, fuertes y campos arrasados;

Esos son sus blasones. La victoria
Obedece á don Álvaro : la muerte
Acompaña á don Álvaro : la gloria
Don Álvaro desprecia : de la suerte
Don Álvaro se burla. Ésta es su historia.
Lleno de audacia, en alianzas fuerte,
Persigue con esfuerzo y esperanza
Un objeto tan sólo — la venganza.

Álzate, ¡Popayán! ¡valor! ¡alerta!
¡Conjura la vergüenza y la rüina!
La venganza te asecha : está á tu puerta,
Y el oprobio en herencia te destina.
¡Apercibe la espada descubierta!
¡Yergue la sien, que la desgracia inclina!

¡Lidia! no por la vida ó la victoria;
Mas ¡lidia por tu honor, salva tu gloria!

¡Perece! ¡pero deja una honda llaga
Que recuerde tu fin, y marque el seno
Del opresor injusto que te amaga!
Perece como el rayo, cuyo trueno
Anuncia al mundo que su luz se apaga,
Y consagre la gloria tu terreno
Dejando, de su templo en los umbrales,
¡Tu nombre entre los nombres inmortales!

CUADRO CUARTO

EL PIRATA

Entre las rocas del helado Huila,
Como el aura carnívora en su breña,
Una tribu antropófaga se asila.
Esa tribu misántropa desdeña
Las artes gratas de la paz tranquila,
Y á sus duros mancebos sólo enseña
Feroz desprecio de las propias penas,
Y salvaje deleite en las ajenas.

De sus chozas escuálidas en torno,
Guardan aquellos bárbaros crüeles,

Al cañizo prendidas, como adorno,
De sangrientos cadáveres las pieles.
Y suelen los ancianos, en contorno
Reunidos, ver lidiar á sus donceles,
Y con la sangre que la riña brota
Paladear los hacen gota á gota.

Es fama que el pacífico monarca,
Pubén el sabio, desde tiempo antiguo
Purgó de aquellos monstruos su comarca,
Y arrojólos al Huila por castigo,
Señalando en su limite una marca
Á su eterno furor. Allí al abrigo
De sus rocas lidiando entre ellos mismos,
Atronaban rugiendo los abismos.

Más de una vez el bárbaro inhumano
Quiso volver al valle de las flores,
Y trocar el desierto comarcano
Por el grato jardín de sus mayores;
Y vencieronle el indio y el cristiano
De la región feliz habitantes;
Mas Álvaro la alianza solicita
De esa tribu sacrilega y maldita.

Rila, cacique impávido y esbelto,
De enorme talla y fuerza gigantea,
De torva faz y corazón resuelto,
Á quien la destrucción goza y recrea,
Manda á los Huilas; y á la guerra vuelto
El ánimo feroz, sangre desea;